

## La crítica en Manuel Gutiérrez Nájera y en José Enrique Rodó

Belem Clark de Lara

*Instituto de Investigaciones Filológicas  
Universidad Nacional Autónoma de México*

**H**istóricamente toda escritura se encuentra ubicada en un tiempo y en un espacio, mismos que determinan en buena medida los géneros preferidos por una sociedad, los estilos epocales, el acopio de los temas, la conformación de los discursos, la necesidad de comunicar y la crítica literaria.

Bajo este presupuesto observamos que en la década de 1870, América Latina comenzó el proceso de industrialización y con él la división del trabajo material que condujo a la especialización, proceso en el que a nuestros países les correspondió el papel de proveedores de materias primas y productos agropecuarios, siendo su economía básicamente primario-exportadora, a la vez que importadora de productos industriales elaborados fuera de la región (Perus 44).<sup>1</sup> Hispanoamérica había comenzado, y probablemente

---

<sup>1</sup> Gutiérrez Nájera expresó su preocupación ante esta situación cuando se refirió a los capitales yankees que estaban llegando a México: "Parece a primera vista que vienen a traernos el oro y la plata de sus enormes cajas, y en rigor de verdad por lo que vienen es por la industria, por el comercio, por la vida. Traen capital, es cierto, capital sin el que nunca pueden fructificar nuestras empresas; capital necesario, indispensable; con ellos viene la poderosa máquina que arranca el metal a nuestras minas; el ferrocarril que, acortando distancias, haga más llana y hacedera la explotación de nuestras riquezas; pero, una vez que se consume la obra y la locomotora haga flamear en todas partes su penacho de humo, nos encontraremos precisamente en las condiciones en que se encontraba aquel protagonista de una leyenda turca: vendió su espíritu al demonio por mezquino puñado de monedas, y cuando quiso vivir y holgar mediante su opulencia, se halló con que el demonio negábase a entregarle su dinero, so pretexto de que siendo su amo y dueño podía a su antojo disponer de todo lo que su esclavo poseyera (M. Gutiérrez Nájera, "La invasión americana", *El Nacional*, año II, núm. 121, 21 de abril de 1881, p. 1.). "Lo que se requiere, lo que importa, lo que urge, es imprimir una marcha determinada a estas empresas, dirigir convenientemente estas actividades, prevenir toda suerte de complicaciones, y

sin sentirlo, su camino hacia el "progreso", creyendo que entraba a la modernidad que todo lo prometía, excepto una real estabilidad.

El proyecto de modernización ejerció sobre toda la sociedad una fascinante atracción con sus promesas de orden y progreso material, avances científicos y tecnológicos, que se hacían presentes en la vida real; modernización que en América se expresó en la arquitectura de las ciudades, en el goce de adelantos en las vías de comunicación como ferrocarriles, telégrafos, teléfonos..., modernización de ropel que no logró el desarrollo industrial, pero que sí asumió su contrapartida deshumanizadora.

En el caso del escritor, ésta se dejó sentir al cercenársele drásticamente el horizonte de su participación productiva en el orden social. Si antes su *status* de intelectual le granjeaba puestos públicos, ya fuera en el Congreso, en la administración del Estado, en la milicia, en la educación o en la prensa, poco a poco, en la "ciudad modernizada", se iban reduciendo sus funciones y con la creciente especialización acabó por ser confinado a una situación sub-profesional, totalmente prescindible por parte del aparato del Estado, de la industria y del comercio.

El desarrollo y la modernidad también llevaron a la colectividad a sufrir un proceso de cambio en el campo del pensamiento: la secularización, "pérdida de Dios" en Europa y "ausencia de Dios" en América, fue un proceso por el cual se habían dejado atrás los

---

lograr, en suma, que este gran contingente de trabajo, siendo como es muy útil para México, no sucite conflictos en lo porvenir, poniendo en pugna, más que los intereses de nacionalidad, no amenazados por ninguno, los intereses del comercio mexicano con los terribles intereses yankees . . . Por eso hemos pedido y seguiremos demandando que no se cuide preferentemente de impulsar las empresas norteamericanas; por eso hemos pedido y seguiremos demandando que el gobierno se esfuerce, con medidas sabias, en atraer los capitales europeos. De esta suerte se esquivo el monopolio yankee y se establece un equilibrio verdadero. Este equilibrio es el que podrá únicamente defendernos contra las inmoderadas codicias de ciertos explotadores avarientos, cuyo medio será la reina de la industria [. . . no se encierra en su torre, por el contrario subiendo a lo alto de ella, dice] debemos extender nuestras miradas por todos los ángulos del horizonte, observar con el ojo de vigía, si aquella ola de polvo trae la cuadrilla de trabajadores que vienen a descubrir nuestras riquezas o la banda rapaz de aves carnívoras que viene a arrebatar nos nuestras vidas" (M. Gutiérrez Nájera, "La invasión americana al *Heraldo Comercial*", en *El Nacional*, año II, núm. 123, 26 de abril de 1881, p. 1.). Vid. también J.T. Álvarez y A. Martínez Riaza, "TV. El periodismo y la formación de los Estados Nacionales (1850-1910)", *Historia de la prensa hispanoamericana*, 115-17.

principios religiosos poco explicables ante lo irrefutable de la comprobación científica; por ello, el hombre, sintiéndose ya no hijo del Creador, sino del Trabajo, cifró sus valores en el utilitarismo y en el enriquecimiento que le concedían valor y rango social. El intelectual, que hasta entonces se había mirado como el "creador de lo nacional" —"describirse es ir existiendo", diría Guillermo Prieto—, asumió un nuevo papel, una nueva misión que Angel Rama ha denominado "ideologizante", en el sentido de constituirse en los conductores espirituales, en los nuevos sacerdotes de la humanidad (Rama 111), frente al desatado materialismo que había traído consigo la urgencia modernizadora. La antigua prédica civilizatoria y nacionalista del escritor romántico pareció resolverse entre los modernistas en una "voluntad de idealismo", cifrada en la idea de amor universal, especie de "espejo de la concordia", que se lograría por medio de la educación y del trabajo; los mecanismos que Manuel Gutiérrez Nájera encontró para ello fueron el de la cátedra, el de la tribuna y el del periodismo, los dos últimos largamente experimentados por nuestro autor; caminos por los cuales también transitó José Enrique Rodó, quien en las páginas de su *Ariel* dejó, a través de las "palabras" de un viejo maestro, la recuperación de ese espíritu que el utilitarismo iba robando al hombre; 25 años atrás los planteamientos teóricos de Rodó fueron las propias vivencias de Gutiérrez Nájera, quien desde 1876, a los diecisiete años, se enfrentó a su momento y se convirtió en el representante de la juventud, de esa generación para la que después Rodó buscó un programa propio, una libertad plena conquistada por la perseverante actividad del pensamiento, fe en un ideal, evolución en las ideas y esperanzas y promesas en el porvenir (Rodó 1982, 14).

En su respectiva concepción del Arte, del cosmopolitismo o universalidad y en el de la crítica literaria, podemos seguir la recuperación que del espíritu trataron de llevar al cabo las dos grandes figuras de la literatura hispanoamericana ya mencionadas: Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y José Enrique Rodó (1872-1917). Los textos que me sirvieron para este objetivo fueron, por una parte, algunas de las colaboraciones najerianas, publicadas en la recopilación de 77 piezas hemerográficas sobre crítica literaria, ideas y temas literarios y literatura mexicana que dan cuerpo al primer volumen de las *Obras* del escritor mexicano, obra fragmentaria que encierra no sólo el desarrollo de la literatura

mexicana de 1876 a 1894, sino además, en líneas y párrafos esparcidos durante veinte años de labor periodística, y que hoy hilvano, dejó testimonio de su estética y de su posición frente a la crítica literaria. Para el escritor uruguayo me sirvo de *La vida nueva* (1896), colección de sus opúsculos literarios, en los cuales Rodó condensa su pensamiento sobre los "impulsos renovadores de las ideas y de los espíritus", y el *Ariel* (1900), ensayo defensor de la espiritualidad hispanoamericana.

## Arte poética

No es posible hablar de la idea de crítica literaria en Manuel Gutiérrez Nájera y en José Enrique Rodó si antes no hemos examinado lo que fue para ellos el Arte, propiamente, el de la creación literaria, parte primera de este paralelismo.

Se puede observar que la idea del arte y de la literatura fue semejante en ambos autores: para Gutiérrez Nájera la poesía es el vuelo libre de la imaginación por los espacios celestes del idealismo; es "soñar con mundos de luz y de ventura, con ángeles de amor y de belleza"; es el "culto de lo bello en todas sus manifestaciones, en todas sus formas"; por lo que resulta imposible aceptar que el raciocinio y la lógica más inflexible esclavicen al sentimiento; el poeta —dice el Duque Job—

debe expresar lo que piensa y lo que siente, o pintar lo que ha visto. Y en mis versos que son puramente descriptivos, quise pintar lo que jamás he visto: la noche y la madrugada en la montaña: noche y madrugada observadas en libros, en pinturas y en versos ajenos, en sueños, en pesadillas, pero no en la naturaleza misma, que es maestra suprema . . . mis versos . . . son el sueño de un fabricante, pero no son de ningún modo la verdad. (Gutiérrez Nájera 1959, 316)

Para Rodó "todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima" debe luchar contra el solo utilitarismo, contra el único dominio de la razón; quienes influyen en las costumbres deben salvar la "vida interior", la contemplación en entera libertad, "el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas" (Rodó 1982, 28-29).

Gutiérrez Nájera, con una poética ascensionista que buscaba un camino de salvación, propia del modernismo, se propuso reintegrar al hombre la mitad de su esencia que parecía haber

perdido; su misión fue la de recuperar la parte espiritual, humanística del hombre; y se convirtió así en defensor acérrimo de la libertad del arte como "actividad incesante de nuestro espíritu hacia un ideal misterioso que se llama belleza", misma que reside en "el orden espiritual", en el idealismo "que mira al Cielo"; Manuel Gutiérrez Nájera se declaró en pugna con el materialismo que obligaba siempre a mirar a la Tierra y que conducía "al hombre a la más profunda y tenebrosa sima", rebajando con ello el espíritu.<sup>2</sup> El arte es pues, para el Duque Job, lo verdadero, lo bueno y lo bello, y esto último, la belleza, es un "bien supremo que no se define, se siente". Con la esperanza de un porvenir cercano, Gutiérrez Nájera, como Rodó, trabajó por hacer del hombre un ser íntegro, que el utilitarismo y la especialización se empeñaban en mutilar al decir de Rodó, realidad contra la que el Duque Job tenazmente luchó al defender la libertad creadora del poeta frente a las cadenas que sujetaban al periodista a la fría realidad.

Y es que ambos, Gutiérrez Nájera y Rodó, sabían que el peligro radicaba en la ideología positivista que, sustentada en los valores materiales, sólo preparaba, para decirlo en palabras de Rodó, "espíritus estrechos", (Rodó 1982, 28-29) seres individualistas, de actuar mecánico e indiferentes a los intereses de la humanidad. Las nuevas generaciones, como lo fue en su momento la de Gutiérrez Nájera, debían luchar contra la fría e inalterable objetividad que alejaba al hombre de todas las cosas íntimas, de "todas esas voces interiores, que han representado, por lo menos, una mitad, la más bella mitad, del arte humano" (Rodó 1957, 146-147) sin por ello olvidar que el razonamiento, el pragmatismo, lo material, constituían la otra mitad del hombre.

Clásicos en su concepción de la vida, tanto el escritor mexicano como el uruguayo buscaron el justo medio, el equilibrio, el "concierto de todas las facultades humanas": el ideal en alternancia con lo real, la razón con el instinto, las fuerzas del espíritu con las fuerzas del cuerpo según la propuesta teórica de Rodó.

Y tal fue la lucha de la existencia najeriana: el *homo duplex*, el poeta-periodista que encerró en su propia esencia la vocación con la necesidad.

---

<sup>2</sup> Cf. Manuel Gutiérrez Nájera, "El arte y el materialismo", en *El Correo Germánico*, año I, núms. 3, 4, 11, 12 y 16, del 5, 8, 17, 24, y 26 de agosto y 5 de septiembre de 1876, respectivamente; recogido con el mismo título en *Obras. Crítica literaria I*, 48-64).

Gutiérrez Nájera confrontó —pero a la vez unió— espacios y tiempos. Uno, el *interieur* y el pasado donde se entregaba al arte de escribir, sitio para “la creación de las horas de ensueño” — lugar de sueños diría Rodó—, *locus amoenus* en el cual el poeta, en soledad, en “plena fantasía” y en “santa pereza” podía dedicarse a vestir y revestir la frase, y ofrecernos un arte no utilitario; sitio donde las “fuerzas del espíritu” podían vagar con entera y plena libertad sin presión y sin premura; espacio y tiempo al que Michael de Montaigne aspiraba y que Rodó resumió de la siguiente manera:

Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del “ocio”, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de vida superior, a la actividad económica. (Rodó 1982, 27)<sup>3</sup>

El segundo sitio najeriano fue la redacción del periódico, ahí rodeado del editor, del cajista, del público, permanecía esclavizado al acontecer del momento, al presente, a lo inmediato; su oficio de asalariado de la prensa lo unía a las “fuerzas del cuerpo”.

El justo medio, el punto de convergencia donde el escritor logró resolver artísticamente su dualidad fue el de la crónica, porque este género ambiguo, mitad obra de arte y mitad mercancía, le permitió conservar su vocación y, a la vez, contar con un *modus vivendi*.

## Crítica literaria

Fue así como en la crónica periodística, obra fragmentaria, Manuel Gutiérrez Nájera se manifestó como crítico, tanto en el ámbito social como en el teatral o en el literario. Y, sintiéndose más creador que periodista, defendió tenazmente su diario quehacer al considerar que su trabajo en los periódicos del siglo XIX, era literatura.

<sup>3</sup> Sobre este aspecto del “ocio” *vid.* “De la ociosidad”, en *Ensayos escogidos* de Miguel de Montaigne. Nuestros Clásicos 9. 2a. reimpr. Prólogo de Juan José Arreola (México: UNAM, 1983), y “En plena fantasía Santa pereza”, de Manuel Gutiérrez Nájera; la hemerografía de esta pieza la ofrece Boyd G. Carter en la nota 1 a “Soñar es crear y crear es trabajar”, *Divagaciones y fantasías. Crónicas de Manuel Gutiérrez Nájera* 111.

Asimismo, el Duque Job advirtió que su crítica intentaba únicamente hacer partícipe al lector de los pensamientos que vinieran a él al leer un libro. Su intención, aseguraba, no era la de ofrecer juicios exactos ni síntesis razonadas de los méritos de cada una de las obras a las que se refería, sino compartir con el público "los sentimientos purísimos del alma que la obra expresa", por lo que obtendría de su artículo "una deliciosa lectura".<sup>4</sup> En suma, sus juicios estaban dictados por el corazón y no por la cabeza, por el sentimiento y no por el raciocinio, lo que lo acercaba a la poesía. Consideró que la crítica era "tan creación como el drama y la epopeya"; era un "arte acabado" para el que se requería "gran acopio de saberes, extremada habilidad e ingenio discretísimo"; a causa de ello es que estaba totalmente alejado de

esa maledicencia literaria que regatea las comas, los acentos y los puntos; esa censura de viejo dómine, insoportable, necia y pedantesca [que] no es la crítica elevada y científica [sino sólo una] manera de juzgar las obras literarias [que] no enseña nada. (Gutiérrez Nájera 1881, 2)

Gutiérrez Nájera conjuntó su doble esencia, la del periodista-poeta, al pensar que la escritura sobre las obras literarias de actualidad necesitaban —para sobrevivir al día que aparecían—, "ser tan creación como la obra misma que discute y justiprecia"; la crítica debía, además, ser como él, ecléctica, y para ello era indispensable, como lo fue también en su concepto de creación literaria, el "cruzamiento en literatura", en el que planteaba, sí, el acercamiento a los franceses, pero también a la antigüedad grecolatina y a los clásicos españoles; respecto a la crítica si bien debía ser ésta expresión de su personal lectura, también, para profundizar en la comprensión de una obra, era recomendable lograr una amplia preparación teórica, por lo cual sugería estudiar a "los críticos alemanes y franceses, que son grandes maestros en arte de pensar", y entre ellos no debe faltar Hippolyte Taine, porque es "quien mejor representa —a su juicio— la crítica moderna, sistemada y científica". (Gutiérrez Nájera 204). No está por demás recordar que Taine fue considerado un "crítico positivista", al explicar la literatura por su raza, su momento y el medio ambiente, y por apuntar en esa dirección el culto a las ciencias naturales y a

<sup>4</sup> Cf. Manuel Gutiérrez Nájera, "Páginas sueltas, de Agapito Silva", *La Iberia*, 10, 11, 12, 13 y 14 de mayo de 1876; recogido en *Obras. Crítica literaria I*, 109-127.

sus métodos, aplicando la ley universal de la causalidad, y también por reaccionar contra el idealismo romántico. Sí fue positivista, asegura René Wellek, sólo que “en más libre y amplio sentido”, ya que el mismo Taine confiesa: “soy tan poco materialista que, a mis ojos, el mundo físico no es más que una apariencia” (Wellek 50).

Las ideas najerianas son muy semejantes a las expresadas por José Enrique Rodó en *La vida nueva*, en la que dejó plasmada la impresión de su “conciencia de espectador en el gran drama de la inquietud contemporánea”, y ahí dijo, en ocasiones haría crítica,

no sólo [como] la expresión segura y ordenada de un juicio, sino [como] una amplia forma literaria, capaz de contener además un episodio cualquiera de esos viajes que llamamos lecturas, una impresión, una producción, el eco personal de un sentimiento que vibra en el alma de los tiempos. (Rodó 1957, 145)

La intención de José Enrique Rodó no es sino la de estar abiertos a “cualquiera resonancia del humano dolor, [a] cualquier eco venido de literaturas extrañas” (Rodó 1982, 19), y evitar con ello el aislamiento, porque el corazón humano ha de encontrar “a menudo sugerencias fecundas” en el dolor y en la alegría de otros. Rodó manifestó, entonces, que el juicio literario para esclarecerse y depurarse necesitaba vincular su espíritu con el de otros pueblos, con los ciudadanos de la cultura universal que puedan enseñarnos “todo lo que es el hombre” (Rodó 1957, 157).

De esta manera, observamos que tanto Manuel Gutiérrez Nájera como José Enrique Rodó estarían en el renglón de verdaderos críticos, según la opinión de Francisco A. de Icaza (1863-1925) en su *Examen de críticos* (1894), pues ambos “ponen en sus juicios algo personal que está en íntima consonancia con lo que la obra sugiere a cada lector”, mostrando sus matices de sensibilidad y contando “las aventuras de su alma en medio de las obras maestras”;<sup>5</sup> en consecuencia, se hallan en total oposición con otros tipos de críticos de finales del siglo pasado: quienes “reparte[n] bombos y palos de ciego” o quienes trabajan para “el público burgués, que siente a medias y a medias piensa”; dicha crítica “se cree infalible . . . pide a la obra artística tendencias docentes [. . .

<sup>5</sup> Francisco A. de Icaza expone esta idea en su libro *Examen de críticos* (Madrid: Tipografía Sucesores de Rivadeneira, 1984); libro poco conocido y difícil de hallar del que Emmanuel Carballo da referencia y glosa en “Un crítico en 1893”, *Notas de un franco tirador* 101-03.



e] imagina que en el teatro y en la novela deben resolverse problemas sociales"; crítica pedante que "cree que para hablar de todo es necesario no saber nada" y que ofrece juicios hechos y determinaciones que evitan el trabajo de pensar (Carballo 102).

Finalmente, podemos señalar no sólo la modernidad, sino además la actualidad tanto de Manuel Gutiérrez Nájera como de José Enrique Rodó. Modernos al oponerse, en su momento, a los "viejos dómynes" que se consideraban infalibles, representados, al decir de Icaza por "una fregona que llevara en una mano un sable y en la otra un incensario" (Carballo 103); modernos al combatir a la crítica dura que presume de "objetiva" pero que resulta ser mezquina, díscola y ruin, que bajo un manto de "academicismo" encuentra sus modelos de juicio en la mala imitación de los clásicos, que juzga "al por menor o menudeo a semejanza de la crítica de [José Gómez de] Hermsilla"; que "cierra sus puertas a las ideas nuevas y se enclaustran dentro de murallas infranqueables", y se "corrompe . . . como las aguas estancadas"; esta crítica, afirma categóricamente Gutiérrez Nájera, "es una momia y nada más que una momia" (Gutiérrez Nájera 1959, 250).

Son escritores actuales al ofrecernos una crítica que otorga importancia a la intuición, a la subjetividad, sin olvidar el examen, la reflexión, la objetividad y por supuesto el contexto, sobre todo al reconocer el valor del lector en el propio trabajo literario del autor;<sup>6</sup> posición ecléctica que por naturaleza niega la "presunción autosuficiente" y encuentra su gloria en "su heterodoxia, su fragmentarismo, su horror hacia los intentos totalizadores, su asistematismo", actitudes que Federico Álvarez (505) ha encontrado como común denominador en las tendencias que conviven, en la crítica literaria de hoy; posición ecléctica que ahora algunos críticos han asumido, aportando opiniones que ven en la literatura "no sólo ni predominantemente una estructura estética, sino, sobre todo, una manifestación de cultura" (Álvarez 512).

---

<sup>6</sup> Hoy asegura Frenando Curiel "el examen literario no sólo debe atender los púdicos requisitos del acto analítico, sino también los desmanes de juego emotivo (identificación, revelación, transferencia, erótica de la lectura). La faena interpretativa debe exaltar la subjetividad: la del crítico que al ejercer su oficio se muestra, se confiesa, por eso el Flubert de Mario Vargas Llosa es distinto al de Julián Barnes [...], la crítica debe correr un riesgo literario, quiero decir, proponerse como 'escritura válida por sí misma'" (Fernando Curiel, "Estudios literarios. Institución e intuición", en *Conjuntos. Teorías y enfoques literarios recientes*, p. 520).

## Obras citadas

- Álvarez, Federico. "Crisis de crecimiento en la teoría de la literatura". Vital, 503-13.
- Álvarez J. T. y A. Martínez Riaza. "IV. El periodismo y la formación de los Estados Nacionales (1850-1910)". *Historia de la prensa hispanoamericana*. Colección Realidades Americanas. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992. 115-24.
- Carballo, Emmanuel. *Notas de un franco tirador*. México: Instituto Politécnico Nacional/ Sociedad de Escritores de México/ Sociedad de Exalumnos de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica del IPN (ESIME)/ Producciones Dinamo (Punto fino), 1996.
- Curiel, Fernando. "Estudios literarios. Institución e intuición". Vital, 515-23.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *El modernismo. Supuestos históricos y culturales*. 2a. ed. corregida. Colección Tierra Firme. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Gutiérrez Nájera, Manuel. "Bibliografía. Bocetos literarios, de F. Gómez Flores". *El Nacional*, 5 de noviembre de 1881, 2.
- . *Obras. Crítica literaria I*. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana. Investigación y recopilación de E. K. Mapes. Ed. y notas de Ernesto Mejía Sánchez. Introducción de Porfirio Martínez Peñalosa. Nueva Biblioteca Mexicana 4. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1959. 315-28.
- Icaza, Francisco A. de. *Examen de críticos*. Madrid: Tipografía Sucesores de Rivadeneyra, 1894. Citado por E. Carballo en *Notas de un franco tirador*, 101-103.
- Perus, Françoise. *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. México: Siglo XXI Editores, 1976.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Rodó, José Enrique. *Ariel*. Prólogo y notas de Abelardo Villegas. Clásicos Americanos. Ensayo y narrativa, 30. México: SEP/UNAM, 1982.
- . "El que vendrá", en "La vida nueva (1)". *Obras completas*. Introducción, prólogos y notas de Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar, 1957. 139-59.
- Vital, Alberto, ed. *Conjuntos. Teorías y enfoques literarios recientes*. Ediciones Especiales IIFL, 4. México: Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas/ Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Literarias y Semiolingüísticas, 1996.
- Wellek, René. "Taine". *Historia de la Crítica Moderna (1750-1950)*. Vol. IV: La segunda mitad del siglo XIX. Versión castellana de J. C. Cayol de Bethencourt. Biblioteca Románica Hispánica. I. Tratados y Monografías, 9. Madrid: Gredos, 1988. 40-78.